

EL ANILLO DEL NIBELUNGO

TETRALOGIA

TRADUCCIÓN DE ERNESTO DANN BERTRÁN

EL ORO DEL RHIN

PRELUDIO

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1625 MONTERREY, MEXICO

PERSONAJES

WOTAN	}	Dioses.
DONNER		
FROH		
LOGE		
FASOLT	}	Gigantes.
FAFNER		
ALBERTO	}	Nibelungos.
MIME		
FRICKA	}	Diosas.
FREIA		
ERDA		
WOGLINDA	}	Ninfas del Rhin.
WELGUNDA		
FLOSHILDA		

Nibelungos.



ESCENA PRIMERA

EL FONDO DEL RHIN

(Alumbra la escena el crepúsculo, de color verdoso é intenso en la parte superior, y obscuro en el fondo. Cubre la altura el agua ondulante y corriente en dirección á la izquierda. Húmeda neblina ocupa el fondo, de modo que hasta la altura de un hombre el espacio parece estar libre de agua. Asperas rocas forman el suelo y ciñen el escenario. Por sus hendiduras se divisan profundos abismos donde reina la más densa obscuridad. En el centro se eleva un peñón, cuya cúspide baña el crepúsculo. Alrededor de este peñón nada y se rebulle con animados gestos una de las ninfas del Rhin).

WOGLINDA.—¡Weia! ¡Waga! ¡Ondea, ola, hacia la cuna! ¡Wagalaveia! ¡Wallala weiala veia!

WELGUNDA (su voz viene de lo alto).—¡Woglin-da! ¿cómo velas tú sola?

WOGLINDA.—Contigo seríamos dos.

WELGUNDA (sale de la corriente y llega á la roca).—Déjame ver cómo vigilas. (Intenta coger á su compañera.)

WOGLINDA (se escapa nadando).—Quiero librarme de ti.

(Juguetean y se persiguen mutuamente).

FLOSHILDA (suena su voz en lo alto).—¡Heiala!
¡Weia! ¡Salvajes hermanas!

WELGUNDA.—¡Corre, ven, Flosilda! ¡Woglinda se escapa! ¡Ayúdame á coger á la fugitiva!

FLOSHILDA (se sumerge en el agua y vuelve á salir entre las dos).—Mal custodiáis el Oro; mayor vigilancia os conviene; si no, perderéis el juego. (Se separan con alegre gritería. Flosilda intenta cogerlas, pero se le escapan y se unen al fin para cogerla á ella. Así, entre retozos y risas, se deslizan como peces, de peña en peña. En esto, sale Alberto trepando de un oscuro abismo; se detiene, envuelto todavía en tinieblas, y observa con creciente complacencia los juegos de las ninfas).

ALBERTO.—¡Hola! ¡hola! gracias ninfas; de las obscuridades de Nibelheim vendría á vosotras gustoso con sólo que me tuvierais algún afecto. (En cuanto las ninfas oyen la voz de Alberto, cesan en sus jugueteos).

WOGLINDA.—¿Eh? ¿quién anda por ahí?

WELGUNDA.—Ya amanece; llaman.

FLOSHILDA.—¡Mirad quien nos acecha!

(Se sumergen y ven al nibelungo).

WOGLINDA Y WELGUNDA.—Ya está aquí ese hombre antipático.

FLOSHILDA (apareciendo súbitamente).—¡Mucho cuidado! ¡vigilad el oro! ya sabéis que nuestro padre nos previno contra ese enemigo.

(Las otras la siguen, y las tres se agrupan en el peñón del centro).

ALBERTO.—¡Eh! ¡las de arriba!

LAS TRES.—¿Qué quieres tú, el de abajo?

ALBERTO.—¿Os estorbaré si me quedo inmóvil mirándoos? Bajad; ya sabéis con cuánto placer juega con vosotras el nibelungo.

WELGUNDA.—¿Pues qué? ¿quiere jugar con nosotras?

WOGLINDA.—Se chancea.

ALBERTO.—¡Cuán hermosas parecéis en esta ti-

bia claridad! ¡cuánto me gustaría estrecharos entre mis brazos, si quisierais bajar hasta mí!

FLOSHILDA.—¡Pues no está enamorado el enemigo! (Riéndose.) ¡Entonces, fuera miedo!

WELGUNDA.—¡Qué camastrón!

WOGLINDA.—Dejad que nos vea.

(Desciende de la roca, al pie de la cual se halla Alberto).

ALBERTO.—Parece que ésta baja.

WOGLINDA.—¡Acércate!

ALBERTO (trepando á la cima con diabólica agilidad, pero deteniéndose á menudo).—¡Qué resbaladizo está ese peñasco! me agarro á él con manos y pies y no puedo detenerme; la nariz se me llena de aire. (Estornuda.) ¡Maldito estornudo! (Se acerca á Woglinda.)

WOGLINDA (riendo).—Estornudando viene mi galán.

ALBERTO.—Sé mi consuelo, niña mía.

(Intenta abrazarla).

WOGLINDA (huyéndole).—Si quieres cortejarme, ven acá.

(Se encarama á otra roca. Las otras dos hermanas se ríen).

ALBERTO (rascándose la cabeza).—¡Oh desdicha! Con que... ¡te me escapas! ¡vuelve! Lo que para ti es tan fácil, es difícil para mí.

WOGLINDA (se lanza á otra roca situada á mayor profundidad).—Vamos, aquí me cogerás... de seguro.

ALBERTO (bajando precipitadamente).—Se está mejor abajo.

WOGLINDA (volviendo á subir).—Pues ahora, sube.

(Las tres se ríen).

ALBERTO.—¿Cómo podré alcanzar de un salto á la desdeñosa? (Intenta seguirla precipitadamente.) ¡Guarda, traidora!

WELGUNDA (que ha bajado á un peñasco más hondo, situado en el otro lado).—¡Eh, tú, gracioso! ¿no me oyes?

ALBERTO (volviéndose).—¿Me llamas?

WELGUNDA.—Oye un consejo; acércate. Huye de Woglinda.

ALBERTO (trepando rápidamente hacia Welgunda).—Tú eres más hermosa que la otra; aguárdame; ¡baja!

WELGUNDA (bajando más y acercándosele).—¿Me tienes ahora bastante cerca?

ALBERTO.—¡Aun no! Cíñeme con tus brazos; ¡deja que pueda acariciarte en el ardor del deleite, y estrecharte contra mi pecho!

WELGUNDA.—¿Con qué, estás enamorado? Deja que te vea. ¡Uf! ¡qué veloso! ¡qué feo eres! ¡qué olor á azufre traes! anda, vete, jorobado presumido; ¡vé á buscar á otra á quien gustes!

ALBERTO (intentando sujetarla á viva fuerza).—¿No soy de tu agrado? A pesar de todo, no te me has de escapar.

WELGUNDA (subiendo á otra peña).—Tenme; ¡si no, me escapo!

ALBERTO (irritado).—¡Ah pérfida niña! pez frío y lleno de escamas; vé á que te cortejen las anguilas, si tan feo y torpe te parezco.

FLOSHILDA.—¿Por qué te enfadas? ¿Cómo perdiste tan pronto la esperanza? Si las dos te rechazaron, tal vez obtendrías de la tercera tiernos consuelos.

ALBERTO.—¡Qué delicioso cántico llega hasta mí! Fortuna que sois muchas; á alguna de vosotras he de gustar. Si quieres que te crea, vente hacia acá.

FLOSHILDA (acercándose á Alberto).—¡Cuán torpes sois, hermanas! ¡no os parece hermoso éste!

ALBERTO (acercándose ligero á Floshilda).—A todas las encuentro feas desde que te he visto.

FLOSHILDA (acariciándole).—¡Oh! ¡sigue cantando con seductora y tierna voz!

ALBERTO (acariciándola confiado).—Me palpita el corazón al oír tan finas lisonjas.

FLOSHILDA (rechazándole con blandura).—¡Cómo se recrean en tus gracias mis ojos! ¡cómo me anima tu dulce sonrisa!

(Le atrae suavemente).

ALBERTO.—¡Oh, niña hermosa!

FLOSHILDA.—¡Ah, si me quisieras!

ALBERTO.—¡Ah, si pudieras ser mía para siempre!

FLOSHILDA (estrechándole entre sus brazos).—Siempre me tendrías abrazada á tu cuello, con templando tu mirada penetrante y tu hirsuta barba. Quisiera ceñirme en torno tu cabellera majestuosa, tus punzantes rizos y admirar en silencio tu figura de sapo y tus graznidos.

(Woglinda y Welgunda se acercan y sueltan estrepitosas carcajadas).

ALBERTO (asustado y desasiéndose de Floshilda).—¡Cómo! ¿os reís de mí, malvadas?

FLOSHILDA (escapándose súbitamente).—¡Qué fácil me ha sido seducirle!

ALBERTO (con voz lastimera).—¡Oh desdicha! ¡oh dolor! ¡también la tercera me engañó!... ¡tan franca como parecía!

LAS TRES NINFAS.—¡Wallala! Avergüénzate, miserable, y cesa de murmurar. Oye lo que decimos. ¿Cómo no supiste retener á la que querías? Siempre somos fieles, sin engaño, al que nos alcanza. Prueba de cogernos y no temas. No es fácil escapar en esta corriente.

(Nadan en todas direcciones para excitar á Alberto á que las persiga).

ALBERTO.—¡Ardiente calor me abrasa! ¡amor salvaje y apasionado me reanima! y aunque riáis y mintáis voy á perseguiros; alguna se me rendirá. (Hace esfuerzos desesperados para alcanzarlas, saltando con extraordinaria agilidad de roca en roca, yendo de una á otra ninfa sin poder cogerlas. Tropieza, cae, vuelve á levantarse, hasta

que, perdida la paciencia, jadeante, las amenaza con el puño, enfurecido y fuera de sí.) ¡Ah, si este puño pudiese alcanzar alguna!

(En esto se detiene asombrado ante el siguiente espectáculo: Deslizase hasta el fondo de la corriente un rayo de luz cuya intensidad aumenta por grados y se convierte en fuego vivísimo al llegar á la roca central, desde donde se esparce, á través del agua, mágica iluminación).

WONGLINDA.—Ved cómo sonrío en el fondo la luz que todo lo despierta.

WELGUNDA.—A través de las verdes ondas, saluda al ambicionado durmiente.

FLOSHILDA.—Besa sus ojos para que los abra, y como reluciente estrella centellea en el fondo.

LAS TRES (nadando alrededor del peñón).—¡Oro del Rhin! ¡oro del Rhin! ¡qué placer causa tu brillo! ¡qué brillante resplandor se desprende de tu seno! ¡despierta! ¡juegos de amor serán nuestro regalo! ¡rodearemos tu lecho cantando y bailando! ¡oro del Rhin!

ALBERTO (inmóvil y atónita la mirada, fija en el fulgor del oro).—Decidme, ¿qué es aquello que deslumbra con tan intenso resplandor?

LAS TRES NINFAS.—¿De dónde sales tú, que nunca oíste hablar del oro del Rhin é ignoras que su ojo vela y duerme alternativamente? ¡Mira cuán felices nadamos en su brillo! si quieres bañarte en él, nada y juega con nosotras. (Ríen.)

ALBERTO.—Sólo al oro dedicáis vuestros juegos; para poco me necesitáis á mí.

WONGLINDA.—No le despreciaría si conociese todas sus maravillas.

WELGUNDA.—Si sacaba el anillo de Oro del Rhin, ganaría con ello la herencia del mundo y sería incalculable su poder.

FLOSHILDA.—Así lo dijo nuestro padre, y nos mandó vigilar cautelosas la peña donde se guarda. Callad pues, charlatanas.

WELGUNDA.—¿Por qué te quejas de nosotras? ¿acaso no sabes quién es el único investido del poder de forjar el oro?

WONGLINDA.—Sólo quien renuncia al amor y á su deleite podrá forjar el anillo.

WELGUNDA.—Entonces podemos seguir descuidadas; nadie existe que quiera renunciar á tales encantos.

WONGLINDA.—Y mucho menos él, torpe y voluptuoso, que se pasaría la vida buscando á quien amar.

FLOSHILDA.—No le temo; su pecho abrasaba el amor.

WELGUNDA.—Como puñado de azufre ardiendo, entre las aguas, el amor le enciende.

LAS TRES.—¡Ven acá, bobo! ¡retoza con nosotras! ¡qué hermoso estás, al fulgor del oro que te alumbra!

(Riéndose).

ALBERTO (que ha escuchado la conversación de las tres hermanas, no puede desviar la vista del oro).—¿Por ti sería el heredero del mundo, si renunciase al amor? ¡Si no alcanzo amor alcanzaré alegría! (Levantando la voz.) Burlaos tanto como queráis, el nibelungo se acercará á vuestro juego. (Furioso se acerca á la roca de enmedio y trepa por ella con extraordinaria rapidez. Las ninfas huyen, cada cual por su lado, y vuelven á salir luego).

LAS TRES.—¡Qué furioso está! ¡Huyamos, huyamos! ¡Se zambulle y chapotea! el amor le ha vuelto loco.

(Ríen).

ALBERTO (en la cima del peñón, tiende la mano hacia el oro).—¿No os doy aún miedo? Pues galanteadme á obscuras. Os apagaré la luz, arrancaré el oro del peñón y forjaré el anillo vengador. ¡Oigalo la corriente! ¡amor, maldito seas! (Arranca con ímpetu el oro de la roca y se sumerge con él en el fondo, donde desaparece. Reina súbitamente

la más profunda obscuridad. Las ninfas se sumergen también persiguiendo al ladrón).

LAS TRES (gritando). — ¡Detenedle! ¡Salvad el oro! ¡socorro! ¡socorro!

(Con ellas desaparece la corriente hacia el fondo; suena en lo más profundo la risa burlona de Alberto. Las peñas se hunden en la obscuridad, é inunda el escenario la negra corriente de agua que parece descender siempre más).

ESCENA II

(Lentamente van transformándose las olas en nubes que se aclaran y convierten en finísima neblina y aparece tras ella un espacio libre en la cumbre de las montañas. El albor del naciente día alumbra con luz intensa, que va creciendo por grados, un castillo de relucientes almenas erigido en la punta de un peñón. Entre éste y el primer término se extiende un hondo valle por donde corre el Rhin. A la derecha, recostado sobre el césped, Wotan, y junto á él Fricka, ambos dormidos).

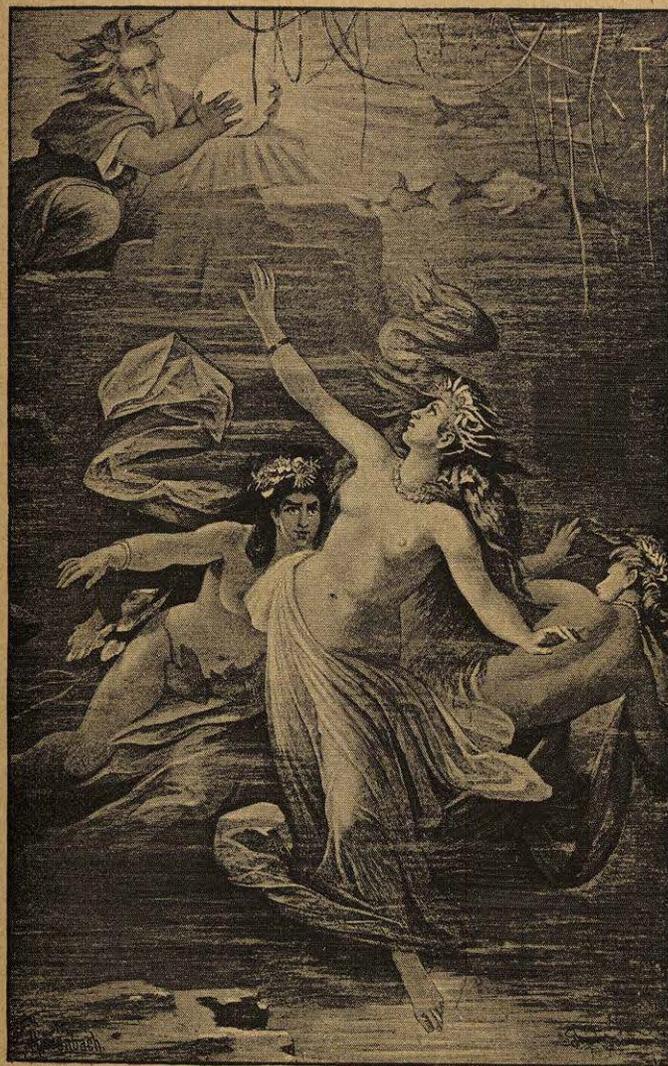
FRICKA (despierta, mira al castillo; asombrada y con susto).—¡Wotan, esposo, despierta!

WOTAN (soñando, en voz baja).—El placer y el deleite me cierran las puertas; el honor y el poder alcanzarán la gloria.

FRICKA.—Despierta del dulce engaño del sueño; despierta y reflexiona.

WOTAN (despierta, se incorpora y clava la mirada en el castillo).—Terminada está la obra eterna. ¡Cuán majestuoso se alza sobre aquel agreste pico el castillo de los dioses, tal como lo soñó mi fantasía, tal como lo edificó mi voluntad, hermoso y fuerte! ¡En pie y erguido te muestras, oh edificio sublime!

FRICKA.—Lo que á ti te alegra, á mí me causa pesar. Tú te complaces en la obra; yo temo por



Freia. Deja que te recuerde lo que prometiste. Se acabó el castillo; mas olvidas lo pactado.

WOTAN.—No; bien me acuerdo. Domino desde ahora á la raza arrogante que lo erigió para mi augusta morada. No te apures por la recompensa.

FRICKA.—¡Oh culpable ligereza! ¡oh vanidad sin corazón! Si yo hubiese sabido lo que pactabas, evitara el engaño; pero vosotros los hombres alejáis á las mujeres para entenderos con los gigantes, sin estorbo. Así les cedisteis á mi hermosa, á mi bella hermana Freia y quedasteis satisfechos de vuestro miserable negocio. ¿Qué hay para vosotros sagrado, cuando sólo ambicionáis el poder?

WOTAN.—¿Pero acaso fuisteis ajena á mi ambición al pedir la construcción del edificio?

FRICKA.—Inquieta por la fidelidad de mi esposo, bien tenía que pensar en cautivarle; ya que le place irse á luengas tierras, un hogar envidiable y deleitoso debía prenderte con suaves cadenas en brazos del descanso. Pero al edificar tu castillo sólo pensaste en alcanzar ilimitado poder. Sólo para resistir á la tormenta se alza hoy tu alcázar.

WOTAN.—Si tú como esposa ansiabas cautivar-me, bien me concederás que intente yo cautivar el mundo. A todos gusta la variedad y el cambio. No puedo renunciar á este juego.

FRICKA.—¡Hombre despreciable y sin amor! lo desdeñas y te burlas indignamente de él, y del valor de tu esposa, con la ociosidad del señorío.

WOTAN (severamente).—Por ti puse á peligro mi único ojo. ¿A qué regañarme ahora sin motivo? Tengo en gran estima á la mujer, más de lo que tú quisieras, y nunca pensé seriamente en entregar á Freia.

FRICKA.—Pues protégela ahora que llega desolada en busca de socorro.

FREIA.—¡Socorro, hermana mía! ¡socorro, her-

mano! Desde las rocas me amenazó Fasolt con venir á buscarme.

WOTAN.—Deja que te amenace. ¿Has visto á Loge?

FRICKA.—Siempre fiaste del más astuto. A pesar del daño que nos hizo hasta ahora, vuelve á engañarte siempre.

WOTAN.—Donde triunfa el valor nunca necesité consejos de nadie; mas para burlar la envidia del enemigo, fuerza es acudir á la astucia, como la del sagaz Loge. El me aconsejó el contrato y él me prometió salvar á Freia.

FRICKA.—Y luego te deja solo. Allí vienen los gigantes con rápido paso. ¿Dónde está la ayuda del sagaz?

RREIA.—¿Dónde están mis hermanos, que querían auxiliarme? Mi propio cuñado me desampara, me abandona. ¡Socorro, Donner! ¡aquí, Froh mío!

FRICKA.—Los que te hicieron traición y prepararon la emboscada, se esconden ahora. (Fasolt y Fafner, ambos de gigantescas dimensiones, salen armados con tremendas porras).

FASOLT.—Mientras las dulzuras del sueño tenían cerrados tus ojos, nosotros incansables construimos el castillo, y amontonamos piedra sobre piedra hasta rematar la esbelta torre; puertas y entradas de diversa altura protegen sus majestuosos salones. Contempla erguido á la luz del día el resultado de nuestras tareas. Entra y cúmplenos lo pactado.

WOTAN.—Decid. ¿Cuánto os he de pagar? ¿cuáles son vuestras condiciones?

FASOLT.—Pactamos las que más convenientes nos parecieron: ¿tan poca memoria tienes? La hermosa Freia es nuestra recompensa y debes entregárnosla.

WOTAN.—Estáis locos. Pedid otra; yo no vendo á Freia.

FASOLT (admirado y mudo de rabia un instante).—¿Qué dices? ¿proyectas alguna traición? ¿intentas engañarnos? ¿será vano juguete el contrato que tiene tu lanza por fiador?

FAFNER (con ironía).—Ya ves ahora el engaño, hermano.

FASOLT.—Oye, hijo de la luz; sé fiel á tus pactos, que sólo á ellos debes cuánto eres; observa que muy limitado es tu poder, más que tu sabiduría aventajara á nuestro ingenio. Te obligaste á mantener la paz. ¡Huya de ti para siempre y maldito sea tu saber si faltas á tu palabra! Un torpe gigante te lo aconseja con ser tú más sabio; apréndelo de su boca.

WOTAN.—¡Cómo tomas por lo serio lo que fué una chanza! ¡No se crió para vosotros, gente ruda y miserable, la más hermosa, la más encantadora!

FASOLT.—¡Cuán sin razón nos desprecias! ¡Vosotros que sólo á la belleza debéis vuestro poderío, despreciáis el amor por obtener un palacio de piedra! nosotros fatigamos la mano encallecida por alcanzar el cariño de una mujer que viva á nuestro lado, ¡y llamáis errado el pacto!

FAFNER.—Basta de inútiles palabras; nada hemos de sacar de ellas; de poco sirve Freia, pero mucho su compañía. Crecen en el jardín de los dioses manzanas de oro y sólo ella sabe cuidarlas; con ellas alimenta á sus parientes y les da juventud perpetua. Si les falta Freia, morirán los viejos y los débiles.

WOTAN (aparte).—¡Mucho tarda en llegar Loge!

FASOLT.—Contéstame por fin sin rodeos.

WOTAN.—Pedid otra recompensa.

FASOLT.—Ha de ser Freia; no hay otra.

FAFNER.—¡Vente con nosotros!

(Se arrojan sobre Freia).

FREIA (escapando).—¡Salvadme! ¡salvadme!

(Donner y Froh acuden precipitadamente).

FROH (cogiendo á Freia entre sus brazos).—
¡Ven conmigo, Freia! ¡Quita allá, atrevido! ¡Froh
la protege!

DONNER (colocándose enfrente de los dos gigan-
tes).—No habéis sentido aún el duro golpe de mi
clava.

FAFNER.—¿A qué vienen ahora las amenazas?

FASOLT.—Hemos venido á reclamar nuestro suel-
do, no á combatir.

DONNER (levantando el mazo).—Más de una vez
os he pagado ya; nunca quedé á deber á usureros.
Acercaos, y satisfaré vuestra cuenta.

WOTAN (interponiendo su lanza entre los com-
batientes).—Detente, no hagas nada por la fuer-
za. Mi lanza defiende el pacto.

FREIA.—¡Oh desdicha! ¡Wotan me abandona!

FRICKA.—¿Llegaré á comprender tus intencio-
nes hombre cruel?

WOTAN.—¡Loge al fin! Llegas á solventar el mal
contrato que hiciste.

LOGE (viniendo del fondo del valle).—¡Cómo!
¡qué contrato! ¿el de los gigantes? Yo estoy por
las alturas y no me placen las praderas, ni la ca-
sa, ni el hogar. Donner y Froh, como piensan ca-
sarse, gustan de eso. Wotan deseaba un salón re-
gio y un castillo. El patio, el salón, el suntuoso
alcázar están contruídos ya; yo mismo examiné
sus majestuosas murallas. Fasolt y Fafner ejecu-
taron la obra con gran maestría. No estuve pues
ocioso, como otros que me oyen, y quien diga lo
contrario miente.

WOTAN.—Con gran astucia eludes mis pregun-
tas. Guárdate de engañarme. Soy entre todos los
dioses tu único amigo y forcé á recibirte á los
que sospechan de ti. Habla y aconséjame bien.
Cuando los constructores alzaron el castillo pidie-
ron en recompensa á Freia; yo consentí, porque
tú me prometiste salvarla.

LOGE.—Prometí buscar asiduamente un medio

de evadir el compromiso; pero no lo que es im-
posible.

FRICKA (á Wotan).—Mira en qué astuto malva-
do pusiste tu confianza.

DONNER.—¡Maldito! ¡malvado!

LOGE.—Para cubrir su afrenta me insultan los
necios.

(Donner y Froh intentan echársele encima).

WOTAN (impidiéndoselo).—Dejad en paz al ami-
go. Ignoráis sus artificios. Cuanto más tarda en
darlo, más vale su consejo.

FAFNER.—Basta de vacilaciones; pagadnos
pronto.

FASOLT.—Mucho tardáis.

WOTAN (á Loge).—Oye y contesta, ¿por dónde
andabas hoy?

LOGE.—Siempre premiasteis con ingratitud mis
favores. Por ti iba buscando algo qué dar á los
gigantes en sustitución de Freia. ¡Trabajo inútil!
me convencí de que no existe en el mundo, para
el hombre, nada que pueda suplir el valor y los
hechizos de la mujer. (Asombro en los presentes.)
Donde quiera que existe la vida, la actividad, en
el agua, en la tierra, en el aire, donde el movi-
miento y la fuerza obran sus prodigios, donde cre-
cen y se desarrollan los gérmenes, nada hay que
equivalga al cariño, al amor de la mujer. En nin-
guna parte hallé quien renunciara á él; sólo uno
trueca sus delicias por el brillo del oro; las her-
mosas ninfas del Rhin me contaron sus pesares.
El tenebroso nibelungo Alberto, después de haber
solicitado en vano el amor de las ninfas, y enfu-
recido con sus desdenes, se vengó robádoles el
oro; ahora dirigen á ti, Wotan, sus quejas, pi-
diendo que castigues al ladrón y les devuelvas
el tesoro robado. Me encargaron que así te lo di-
jera y cumplo con esto.

WOTAN.—Torpe eres, si no hablas con malicia: